

LA CALLE DE OBISPO.

Por Don Gual

LA Procesión Cívica que se efectuó en La Habana, celebrando el Centenario del Descubrimiento de América por Cristóbal Colón, fué en una diáfana tarde de 1892. En una sillita en la acera de la joyería del "Palais Royal" un niño de tres años y pico, triguero y cabezón miraba con interés el desfile de carrozas. Llevaba un sombrero de paja con cintas que colgaban por detrás, una batica de piqué, medias blancas y unas botitas altas de charol. Su mano derecha, hacía incursiones en un cartucho de confites que sostenía con la izquierda. La tarde caía y aún el pequeño seguía con mirada ávida el artístico desfile. Ese parvulito era Don Gual, que con sus padres y hermanos gracias a los bondadosos Don Pepe y Don Diego Fernández, dueños del establecimiento mencionado, gozaban del espectáculo, en sendas sillas sobre el "sardinel".

Así fué mi debut en la calle de Obispo, la estrecha rúa habanera, que ha sido el "rendez-vous" de los elegantes de ayer y los de hoy. Obispo parece haber hecho un pacto con la eternidad.

Nace en la calle de San Pedro, frente al puerto y termina en la esquina de Monserrate, hoy ocupada por la "catedral del cocktail" nombre dado por un "jornalista" yankee al santuario del impertérrito Constante.

Obispo se desliza hasta la Plazoleta de Albuja (hoy sin el teatro que le dió ese nombre) comenzando paralela con O'Reilly por un lado, y Obrapia por el otro. Calle colonial que en los años de mi niñez era muy acogedora por aquellos toldos que la cubrían de acera a acera.

Sobre sus adoquines rodaban los coches de alquiler de lujo, los carretones y las guaguaitas de nerviosas mulas. Calle en donde se establecieron las mejores tiendas de joyería y quincalla, los relojeros y los sastres de moda, las eschaterías y neverías que patrocinaban la élite, y allí también mostraba sus sarmentosos muros la vieja Universidad y luego el Instituto. Obispo es cruzada por las calles del Baratillo, de los Oficios, de Tacón, de los Mercaderes, de San Ignacio, de Cuba, de Aguiar, de Habana, de Compostela, del Aguacate, de Villegas y de Bernaza.

Al principio de Obispo se levanta todavía el palacio de los Condes de Santovenia, que tiene su principal fachada por la calle de Baratillo. Este interesante edificio colonial ha sido recientemente reconstruido, y está hoy dedicado a oficinas. El otro costado mira hacia la pequeña calle de Enna, y a un lateral del Tempete. La plaza de Armas es el más bello adorno de Obispo, porque que alteraran feamente los ingenios norteamericanos de la

Primera Intervención, y que luego reconstruyó el alcalde Guillermo Belt y Ramírez. En la famosa estampa de Hipólito Garneray, que posee el Museo de la Ciudad (en el Palacio Municipal) se ve el primitivo parque dividido en cantones, al final del siglo XVIII.

Yo jugué mucho "la rueda" en el segundo (idéntico al de hoy), bajo la fría mirada del anodino rey Fernando VII, el que "usaba paletó".

El antiguo Ayuntamiento tenía su fachada por Obispo (entre Tacón y Mercaderes). Hoy todo el viejo y reconstruido palacio de los Capitanes Generales es ocupado por el gobierno municipal. Esta magnífica obra de reconstrucción y embellecimiento se debe al gran alcalde doctor Miguel Mariano Gómez Arias, y a los señores Evelio Govantes y Félix Cabarrocas. Hoy este edificio es una de las casas consistoriales más bellas de la América Hispana. Recuerdo que una tarde, en su romántico patio me hacía un cálido elogio del lugar, el ministro Ordaz, de la II República Española.

Yo recuerdo en la esquina, donde hoy se levanta el positivista edificio de John Horter, una bolera de arena, al aire libre. Por las mal unidas tablas de la alta cerca, vi de niño, bolear a los robustos carretoneros de los almacenes de Oficios, de Jústiz y de Mercaderes, que así mataban sus breves horas de ocio. Samuel Hazard en su interesantísimo "In Cuba with pen and pencil" decía que la calle del Obispo era una de las más atrayentes de la ciudad en toda su extensión hasta fuera de las murallas, de las que se salen por la doble puerta de Monserrate. El otro extremo está en el Muelle de Caballería en la Bahía. Jamás se cansa uno — seguía diciendo Mr. Hazard — de recorrer esta calle...

Obispo ha tenido muchos nombres pero ha prevalecido el que se señaló cuando era paseo favorito de Monseñor. En esa calle vivieron dos obispos, y Don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, solía pasear a pie por las mañanas. También tuvo por breve tiempo el nombre de la hiena que nos mandó España: Weyler, y aquel gran español que tanto nos defendió: Pi y Margall, paisano de la heroica Cataluña que nos dió un Ramón Pintó y un José Miró.

Fray Jerónimo de Lara, otro obispo, vivió allí hasta su fallecimiento en 1644. Mi inolvidable amigo, el historiador Pérez Beato, citaba el hecho de la solicitud presentada por Don Tomás de Armenteros para que concediese el Cabildo "una cuadra de solares en el barrio de Cayaguayo, siguiendo las cuadras desde la esquina de Compostela (residencia del Obispo) y esquina y casa de Doña Juana Jaxinto, por el lado



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

derecho, linda con solares que ha pedido Don Melchor de Ayala (teniente) haciendo calle con solares y huerta del capitán José Díaz Pimienta”.

Según Pezuela en 1833, ya vivía en Obispo Don Joaquín Gómez, menciona como parte de esta calle, el Ayuntamiento, parte del Convento de Santo Domingo, ocupado luego por la Universidad y la Biblioteca Pública.

121 casas en 12 cuadras —declara Beato— componían la calle de Obispo al final del siglo pasado, tal como se encuentra hoy, exceptuando algunas fincas que se han anexado.

En la casa número 7, que según PB comprendía los números 4, 5 y 5½ y el 1 de los Oficios, eran parte del vínculo que fundó Don Antón Recio y casa solariega de este prócer, unos de los primeros fundadores de la ciudad. La esquina de los Oficios fué solar yermo muchos años, pues allí hubo una casa que fué destruida por un incendio. En la esquina de enfrente, existió la Casa de los Niños de San Francisco.

Allí hubo una lápida (muro de la Plaza) a la memoria de una dama de la familia de los Cepero. Dicen las crónicas de la época que María Cepero fué víctima del disparo de un arcabuz. Era hija de Don Diego Rivera y Cepero, gobernador entonces. El suceso ocurrió en la Parroquial, que estaba en donde hoy se yergue el bello Palacio Municipal. Luego, al removerse la lápida se comprobó que era del año 1557. En 1777 fué derribada la Parroquial para levantar allí el Palacio de los Capitanes Generales, que vemos en la lámina de Garnery y en el dibujo de un plato que poseo, en mi colección.

En la esquina de la imprenta de Rambla y Bouza (Mercaderes y Obispo) hubo una casa de las monjas clarisas. En el 91 (numeración antigua) vivió el preclaro Padre Félix Varela, y el 31 fué del vínculo de Sotolongo.

Recuerdo la casona de Mercaderes y Obispo, donde hoy están las oficinas de Galbán Lobo Co., cuando era la casa de los Condes de Ibáñez, donde la bella Josefina era asediada por un apuesto caballero que paseaba a caballo bajo sus balcones. Era Ramón Pío Ajuria, con quien luego se casó.

Gratos recuerdos tiene para mí la confitería de “El Moderno Cubano” y la peletería “El Paseo” de un viejo mallorquín, Don Pepe Ferrer y Seguí, cuñado de John P. Méndez, fundador del Habana Yacht Club.

De mis años infantiles, todavía queda el mencionado “Palais Royal”, “El Correo de París” y “La Moderna Poesía” (me parece ver a Pote en camisa frente a sus tongas de libros, llamándose jovialmente “nánigo”), la camisería “La Rusquilla”, las jugueterías de

“El Bosque de Bolonia” y “La Sección X”, la librería Internacional (hoy Casa Wilson) cuando era el poeta gallego Soloso el propietario y a Santos Alvarado apenas le apuntaba el bozo.

Quiero dejar aquí, como recuerdo, los nombres del Café Europa (el de Suriol, con sus pasteles bajo las tarlatanas, y sus horchatas deliciosas). La abaniquería “Galathea” de Don Antonio Ugalde, donde reinaba aquella francesita, Carolina Gardel, hoy residente en Washington, con su brillante hijo el doctor Luis Delgado Gardel. ¿Cómo olvidar el Colegio Francés en la esquina de Compostela? Me parece ver salir de su zaguán de Obispo aquellas lindas niñas como Gracia Chaguaceda, Anita Reynal, Merceditas Tremols, María Teresa Zayas, Rosita Rodríguez Feo, Rosa Bolado, Aimée Lasa, las Revuelta y otras que hoy son grandes damas de la sociedad habanera.

“La Yankee”, de mi amigo Moré, fué una de las primeras tiendas que tomaron dependientas, motivo para que los pollitos de esa época (1908) frecuentáramos el lugar, aunque no dejáramos utilidad alguna al paciente y simpático propietario. En la esquina de Bernaza, donde hoy está la librería “Minerva” se hallaba la sombrería “El Casino”, donde compré mi primer clack.

Hermann Upmann se presentó un día al sastre Stein y a su sobrino Alberto, quienes fueron por muchos años mis proveedores sartoriales, sin que me lo tuviera en cuenta los competidores de entonces: Roelandts, Mella y otros príncipes de la tijera.

RECUERDOS

Recuerdo las joyerías de Champignon, la de Don Manuel Hierro y la de Kramer; la sedería “La Francia”, “Las Ninfas” de Cane-do y Supervielle la peletería de Mercadal (esquina de Cuba), la gran tienda “La Sociedad” del amigo Fargas (local que ocupa hoy “El Gato Negro”), el editorial de “El Figaro” (en el 62); la quinca-llería “El Anteojo”; la botica de “Santo Domingo”, la antigua imprenta de Ruiz; la sombrería de Gabriel Ramentol; la fuente de soda y la dulcería de Crusellas (no olvidaré aquellas sodas de chocolate); el taller de Madame Pucheu; “El Pincel” de los Fernández Morejón; el café “La Habana” (rendez-vous de los pepillos literarios de entonces, como Max Henríquez Ureña, Emilito Roig de Leuchsenring, Ruiz Toledo, Bernardo Bárros, Paquito Sierra y



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

B

otros); "Al Bon Marché"; el saloncito sonoro de Anselmo López (¿te acuerdas, Carmela?); la casa de Langwith; la casa de Champion y Pascual; la de Frank G. Robins (donde Manolo Callejas empezó a hacer sus increíbles cuentos traducidos al inglés por Ralph Crain); el "Hotel Florida" (donde visité una vez a Don Ramón, "el de las barbas de chivo"); la librería de los Betancourt (donde se imprimió "Letras", al comienzo de su breve vida); "La Primera de Aguiar" (donde almorzábamos los cuatro fundadores de "Gráfico", allá por el 1913); la primitiva óptica de "El Almendares" (que era de un señor que se anunciaba vestido de esgrimista); el Café Monserrate (esquina de Bernaza), donde se vendía la mejor agua de cebada de La Habana; las máquinas de coser "Singer", que representaba Alvarez Cernuda; la primitiva casa de "Vasallo y Barinaga", que se inició en el giro deportivo en Cuba; "La Villa de París", donde me llevaba mi madre de batuca (hoy sigue triunfante, bajo la mirada observadora de Enrique Fernández Cabada); las abaniquerías de Carranza y el mexicano: "La Complaciente" y "La Especial"; el francés que vendía dulces con el cántico de:

Aquí llegó un francés
Venido de París,
Que vende pirulí,
Que quita la catarro
y cura la lombriz.

Aquel americano de voz aguardentosa que vendía muñequitos de cuerda y gritaba: "Muñequito marromero, no se le trabo el paraguas. Todos los días cosas nuevo". (Sic.) También recuerdo "Le Printemps" con sus decorados de Art-Nouveau, en la esquina de Compostela; el "Partenón" del amigo Jordi (que sigue en pie), el "Banco Nacional de Cuba" en la esquina de Cuba; la dulcería "El Angel", la zapatería de Montané; la librería "Roma" de mi amigo Pedro Carbón; el Banco de los Bancos; el cafetín "La Mina"; las tertulias de Dubic, de Bouzá y de "El Figaro".

En esa calle de Obispo los sábados por la noche era el paseo preferido de los que éramos, al principio del siglo, estudiantes de bolsillo aplastado. Allí conocimos a la primera chiquita que nos hizo tilín. En el 62, donde estaba la redacción, la administración y la imprenta de "El Figaro", conocí a los grandes de la pluma y del pincel como Enrique José Varona, Enrique Hernández Miyares, Emi-

lio Bobadilla, Rubén Darío, Porfirio Barba-Jacob, Carrasquilla Mallarino, Antonio Zambrana, Ezequiel García Enseñat, Hernández Catá, Federico Urbach, Tobo Mejía, Sánchez de Fuentes, Rafael Blanco, Miguel Hevia, Jesús Castellanos, Pedro y Max Henríquez Ureña, José M. y Néstor Carbonell, Panchito Chacón, Miguel Carrión, Aniceto Valdivia, Pérez Cabello, Manolín del Barrio, Bernardo Barros, Orestes Ferrara, Antonio del Monte, González Lanuza, Lincoln de Zayas, Juan Gualberto Gómez, Francois G. de Cisneros, Regino Botti, Bonifacio Byrne y otros que no puedo ahora recordar.

En la peluquería de Dubic me detenía mucho para conversar con las señoritas Doria, hijas del propietario, y con el francés Maurice (quien todavía lucha en las cer Canarias de Obispo) y por los concertulios que se posesionaban de las puertas del lujoso establecimiento: Julio de la Torre y Huerta, Alejandro Muxó y otros.

En la librería Wilson siempre echaba mis parrafadas con Don Juan Gualberto y con Héctor de Saavedra.

En "La Habanera" también pasé buenos ratos, donde nos servía refrescos un catalán llamado Don Rosendo, que era paisano de Tarrés y Botifoll, dueños entonces del establecimiento.

En la esquina de Aguacate hacíamos tertulias con Manolín Hierro, el dueño de "El Fénix", y allí conocí a los cronistas mundanos de entonces como Lorenzo Angulo, Alberto Ruiz, Miguel Angel Mendoza, Victor Manuel Sánchez Toledo y otros. De allí recuerdo también al joven Marqués de Esteban y a Pelayo Argüelles. Manolín con su gracejo inimitable presidía el grupo que siempre terminaba en "La Habanera", donde se tomaban refrescos criollos o norteamericanas sodas, y rara vez se consumían alcoholes. No te lo creo — me dirá irreverente algún pepillito 1947.

Obispo, sigue siendo, a pesar del engrandecimiento de La Habana, una calle de moda. Pasear por Obispo por la mañana es tropezarse con todo el mundo. Guillermo Martínez, quien comenzó a romper corazones allá por el 1905, sigue dando sus caminatas al mediodía. Las modas habrán cambiado, los coches habrán desaparecido, la tiendas habrán modernizado sus escaparates, los voceadores ya no pregonarán "La Lucha" y "La Discusión", pero la calle de Obispo sigue prestando el mismo interés que en aquellos días que he tratado de describir.

Nuevos y altos edificios han sustituido a muchos del siglo pasado. Hoy en esa calle hay hasta un Ministerio: el de Hacienda. Hay bancos como el Trust Company of Cuba, y el de Mendoza y Compañía, oficinas principales del ca-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

4

me, una tienda tencentística de Woolworth, acogedores cafés, joyerías, sastrerías, mueblerías, quincallerías, sederías, imprentas, florerías, sombrererías, casas de cambio, fotografías, barberías, compañías de seguros, casas consignatarias, el Ayuntamiento, tres grandes droguerías, casas de semillas y plantas, camiserías, zapaterías, hoteles, restaurantes, barras, editoriales, y otros establecimientos de categoría máxima.

Y aquel chiquito de batica en 1892, cuando pasa por la acera del "Palau Royal" vuelve a ver claramente el desfile de aquella tarde, la carroza de la cerveza "Marca T" que era una enorme botella hecha de botellitas naturales; la carroza de "El Potro Andaluz" que era una enorme testa de equino; y otra que era una esfera, que representaba el mundo, en cuyo tope se veía un niño casi desnudo que creo representaba a Mercurio, con sus alas y caduceo.

Recuerdo que el pobre chico murió al bajarlo del alto lugar... Fué demasiado tiempo el que pasó

en tan elevado puesto... Nadie adivinó en su angustiada carita, lo que le ocurría.

Cuando yo era estudiante en la Gran Antilla, con Sergio Carbó, los Tabernilla, Arturo Bosque, Roberto Martínez Prieto, Alberto Cowley, Gastón Rabel, Pepito Ferrer Méndez y otros "compañeros mártires" de la trigonometría y el álgebra, salía del viejo plantel, en la calle de Aguiar y bajaba Obispo hasta Monserrate, donde esperaba el tranvía.

Los domingos no faltaba por la mañana, a la tertulia de la casa de Hierro, después de recoger en "El Figaro" el número que salía ese día; y esperaba el paso de las bellas habaneras que iban Obispo arriba a la Iglesia de San Felipe, donde la misa "de diez" congregaba a un grupo verdaderamente adorable.

Estos son los recuerdos que guardo de la rúa más habanera de La Habana, que fué encanto de nuestros tatarabuelos, y quizás lo será también de nuestros tataranietos.

Prof, Mayo 4/47



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA